

## Con los primeros anacoretas sirios



IGNACIO PEÑA, OFM<sup>1</sup>

CuadMon 135 (2000) 403 - 407

La nota distintiva del primitivo monacato sirio es, sin duda alguna, la originalidad y la variedad de sus formas ascéticas. En efecto, encontramos en Siria, apenas terminada la era de las persecuciones, las manifestaciones de vida anacorética más espectaculares que conoce la historia. Están profundamente marcadas por el espíritu individualista y creador de la raza.

---

<sup>1</sup> Fr. IGNACIO PEÑA nació en 1933 en España. Entró en el noviciado franciscano de la provincia seráfica de Granada en 1951. Desde 1954 a 1958 estudia teología en el Seminario internacional de san Salvador de Jerusalén, siendo ordenado sacerdote el 20.06.1958, incorporándose en el mismo año a la Custodia franciscana de Tierra Santa. Sigue un año en el Centro de Estudios Orientales de El Cairo y luego un largo período en Siria donde desempeña varios oficios en las casas de la Custodia. Desde 1982 vive en Jerusalén como Director de la "Revista de Tierra Santa". Colabora en revistas sobre temas monásticos. Es autor de los siguientes libros: *La desconcertante vida de los monjes sirios*, Salamanca, Ed. Sígueme 1985, traducido al italiano e inglés; *El arte cristiano de la Siria bizantina*, Madrid, Ed. Encuentro 1995, traducido al inglés; y coautor con P. CASTELLANA y R. FERNÁNDEZ de seis libros en francés: *Les stylites syriens*, Milano 1975; *Les reclus syriens*, Milano 1980; *Les cenobites syriens*, Milano 1983; *Inventaire du Jebel Baricha*, Milano 1987; *Inventaire du Jebel El-A'La*, Milano 1990; *Inventaire du Jebel Wastani*, Milano 1999.

El escritor eclesiástico Teodoreto obispo de Ciro (393-h. 459), se complace en describir en su *Historia Religiosa* (= HR) las técnicas ascéticas de los monjes de su tiempo cuando escribe: “El enemigo común de los hombres en su deseo de conducir la raza humana a la perdición, ha encontrado innumerables vías de vicio, paralelamente las criaturas de la piedad (los monjes) han descubierto diferentes escaleras para subir al cielo”(HR XXV11).

Teodoreto describe la vida de estos “atletas de la virtud” viviendo solos, en contacto directo con la madre naturaleza, libres como los pájaros del cielo, sin regla ni superior, al menos los del primer período que va hasta el concilio de Calcedonia, año 451. Cada asceta consultaba sus fuerzas y practicaba la ascesis que le inspiraba la lectura de las Sagradas Escrituras y la iniciativa personal. Gracias a este espíritu individualista y carismático el monacato sirio produjo las más variadas formas de vida ascética.

Entre éstas Teodoreto enumera la de los *estacionarios* o anacoretas que se imponían la penitencia de la *statio* o inmovilización. Algunos estaban siempre de pie, otros sólo durante la noche, sin hablar ni alzar los ojos, sin extenderse para dormir. Policronio, discípulo de Zebinas, se construyó una estrecha celda y apoyaba su cuerpo en la pared con el fin de evitar caídas durante la noche (HR XXIV). La *statio* prolongada debilitó tanto a Abrahan de Carres que le impidió caminar (HR XVII).

No menos rigurosa era la ascesis de los *dendritas*, del termino griego *dendron*, árbol. Se construían una especie de cabaña entre las ramas de loa árboles y allí pasaban su vida en oración perenne. Esta ascesis pasó a Occidente, pues vemos en el siglo XIII a san Antonio practicar este género de penitencia en los últimos años de su vida en Padua.

Más ruda era la ascesis de los *boskoi*, del griego *boskos*, pastor, término empleado por el escritor Sozomeno para designar a ciertos solitarios que vivían a la intemperie, caminando como los animales en cuatro “patas”, alimentándose de hierbas silvestres. Los obispos Lázaro y Jacobo provenían de esta categoría de ascetas (HR I; *Historia Eclesiástica* [=HE, escrita por Sozomeno] XXXIII).

La categoría más desconcertante de anacoretas fue, sin duda alguna, la de los *saloi* es decir, dementes. Practicaban la humildad en tal grado que se hacían pasar ante el pueblo por débiles mentales. El representante más ilustre de estos solitarios fue san Simeón el Loco, cuya vida fue escrita con mucho respeto por su contemporáneo Leoncio obispo de Neápolis de

Chipre, siglo VII. La santidad de Simeón fue reconocida sólo después de su muerte.

Otros, los *ypethrios*, vivían, como su nombre griego indica, a la intemperie. El cielo les servía de techo. El fundador de esta ascesis parece haber sido san Marón (HR XVI). Este santo tuvo varios discípulos entre ellos *Abba* el Ismaelita, que acostumbrado desde la niñez a vivir al raso, juzgaba superfluo el techo más modesto: “Cuando helaba se ponía asiduamente a la sombra y en la más fuerte canícula buscaba el ardor del sol” (HR IV).

Los reclusos o emparedados se recluían voluntariamente en torres o establecían entre ellos y el mundo exterior una barrera difícil de traspasar: una gruta en lo alto de un risco, una cisterna vacía, un sepulcro-hipogeo, etc., que les proporcionaba alojamiento gratuito y soledad. Visto el número de torres, casi un centenar, que han llegado a nosotros y destinadas a esta categoría de solitarios, podemos concluir que estos fueron numerosos en la Siria bizantina. De hecho, la torre en cuanto género de reclusión, es la que ha dejado más restos arqueológicos y más seguros.

En fin, llegamos a la categoría más desconcertante de anacoretas sirios; los estilitas, del griego *stylos*, columna. Vivían sobre columnas en una inmovilidad casi absoluta, a la intemperie, a medio camino entre el reino de los ángeles y el de los hombres. La vida singular de estos ascetas ejerció una verdadera fascinación entre el pueblo llano que acudía al pie de la columna impresionado por una vida tan supermortificada, el fundador de esta especie de congregación religiosa fue san Simeón el Grande (390-459). A su muerte la piedad cristiana erigió en su honor la basílica más grande y rica de Oriente, sólo superada por Santa Sofía de Constantinopla. La basílica de san Simeón constituye la prueba más palpable de la veneración de los sirios por sus santos estilitas.

Alguno se podrá preguntar: Pero ¿era necesario subir a una columna de por vida para seguir a Cristo? Para comprender los excesos ascéticos de nuestros solitarios hay que tener en cuenta que el estado monástico y sobre todo el anacóretico era tenido como una institución de penitencia, un martirio lento, un conformarse a Cristo y a Cristo crucificado. Ahora bien, estos hombres sedientos de Dios, quisieron practicar el evangelio al pie de la letra, sin glosas. Nada de acomodarse al mundo. El Maestro exigía de ellos el don total. Dejemos a Dios, que escudriña los corazones y riñones de

los hombres -*Salmo 7,10*-el enjuiciamiento de algunas excentricidades que el lector occidental podría calificar de suicidas. El Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere.

Es interesante comprobar que esta explosión de vida anacorética se originó como reacción antitriunfalista en el momento mismo en el que la Iglesia entraba triunfante en la escena de la historia. Constantino el Grande (306-337) había reconocido oficialmente el culto cristiano en el año 313. Ahora bien, a partir de esa fecha no sólo finaliza la era de las persecuciones por falta de verdugos; sino que el ser cristiano conlleva ventajas sociales y honores. Los cargos administrativos, los títulos y los honores recaen en los discípulos de Cristo. Esta situación, aparentemente perfecta, será la causa de inquietud de numerosos cristianos deseosos de mantener intacta la tradición de la vida austera y aun del martirio. ¿Cómo es posible, se decían, seguir a Cristo y al mismo tiempo conservar bienes, empleo y honores?

Por otra parte, la fe de muchos nuevos cristianos, no siendo probada por la persecución, se había entibiado, formalizado, teniendo como resultado rebajar la temperatura espiritual de la comunidad cristiana. Entonces, ¿cómo vivir el cristianismo exigente en una sociedad prácticamente pagana? o como decía san Jerónimo a Heliodoro: “¿Puede uno ser realmente cristiano viviendo en la ciudad?” (*Ep.* 14,6; PL 22,351). Algunos solucionarán el problema huyendo de la ciudad, símbolo de la sociedad helenizada y relajada. Se refugiaron en el desierto, en la soledad, viviendo libremente el Evangelio. La vida fuera de la ciudad, la “fuga mundi”, el rechazo de la “sabiduría de los griegos” será la respuesta de estos cristianos comprometidos a la seducción de la nueva sociedad que la conversión de Constantino y los decretos imperiales antipaganos de Teodosio el Grande no habían podido transformar.

Piénsese que algunos de estos cristianos eran hijos, nietos o parientes de los mártires de la persecución de Diocleciano (284-305) y sentían nostalgia de la “otra época”, de la de las persecuciones que había producido tales héroes, considerados a justo título como prototipos de la perfección cristiana. Oigamos el grito nostálgico de san Juan Crisóstomo: “He oído decir a nuestros padres, lo que no deseo ver en nuestro tiempo, pues tenemos el precepto de no buscar la tentación, que era antaño, durante el período de la persecución, cuando se podían encontrar cristianos auténticos” (*In Acta Apost. Hom.* 24,188; PG 60).

Ahora bien, los monjes, por la santidad de sus vidas y por sus asombrosas penitencias, eran considerados los auténticos cristianos de la nueva sociedad cristiana. El papel de líderes que los mártires habían representado en la era de las persecuciones, será representado, a partir del siglo IV, por los monjes llamados a justo título mártires del tiempo de paz. Fueron precisamente los estilitas quienes, por el ejemplo de vida supermortificada, fueron considerados por el pueblo como los nuevos mártires de la sociedad cristiana. La arqueología nos lo confirma.

Una *eulogia* encontrada en Qal'at Sem'an representando la figura de un estilita seguramente la de san Simeón el Grande, tiene a cada lado un ángel llevando cada uno en la mano una corona. Evidentemente simboliza la corona del martirio. Idéntica representación en la *eulogia* de Haffé<sup>2</sup>. En Rafade, a tres kilómetros del gran santuario de san Simeón, hemos hallado una inscripción siríaca grabada en una pilastra de una casa del siglo V con la leyenda: "Mar chohdo", es decir, "Santo mártir". En otra casa de la misma época, en el pueblo de Cheikh Soleimán, a 20 kilómetros al N-O de Alepo, una mano cristiana ha representado en relieve a un estilita: una columna y sobre ella la figura del santo ha sido sustituida por una cruz. El significado es claro: el estilita sobre la columna es "*sicut alter Christus*".

Estos elementos arqueológicos explican, en parte, la rápida expansión del movimiento estilita entre las jóvenes cristiandades de la Siria bizantina. La vida de nuestros anacoretas constituía, por consiguiente, un testimonio de religión sincera, para los hombres de la época.

PO Box 186  
91001 Jerusalén  
Israel

---

---

<sup>2</sup> PEÑA, CASTELLANA, FERNÁNDEZ, *Les Stylites Syriens*, Milano 1975, 176,178.